

Descubre cómo la persona que más te ama
sigue queriendo conquistarte cada día

COMPASIÓN

JAIME
FERNÁNDEZ
GARRIDO

COMPASIÓN

Descubre cómo la persona que más te ama
sigue queriendo conquistarte cada día

COMPASIÓN

JAIME
FERNÁNDEZ
GARRIDO



Visite Tyndale en Internet: www.tyndaleespanol.com y www.BibliaNTV.com.

TYNDALE y el logotipo de la pluma son marcas registradas de Tyndale House Publishers, Inc.

Compasión: Descubre cómo la persona que más te ama sigue queriendo conquistarte cada día

© 2015 por Jaime Fernández Garrido. Todos los derechos reservados.

Fotografía de la portada © por Dollarphotoclub.com. Todos los derechos reservados.

Fotografía del autor © por Jaime Fernández. Todos los derechos reservados.

Diseño de la portada: Alberto C. Navata Jr.

El texto bíblico sin otra indicación ha sido tomado de LA BIBLIA DE LAS AMERICAS®, © 1986, 1995, 1997 por The Lockman Foundation. Usado con permiso.

El texto bíblico indicado con NTV ha sido tomado de la *Santa Biblia*, Nueva Traducción Viviente, © Tyndale House Foundation, 2010. Usado con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con NVI ha sido tomado de la Santa Biblia, Nueva Versión Internacional,® NVI.® © 1999 por Biblica, Inc.® Usado con permiso. Todos los derechos reservados mundialmente.

El texto bíblico indicado con RVR60 ha sido tomado de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960® es una marca registrada de la American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

El texto bíblico indicado con RVA ha sido tomado de versión Reina-Valera Antigua. El uso de esta versión es de dominio público.

ISBN 978-1-4964-0653-8

Impreso en Estados Unidos de América

Printed in the United States of America

21	20	19	18	17	16	15
7	6	5	4	3	2	1



Índice

Introducción	11
Admirable	
1. ¿Quién ha creído a nuestro mensaje? (Isaías 53:1) ...	25
2. La lista de invitados: los que visitaron al Mesías	35
3. Creció delante de Él como renuevo tierno (Isaías 53:2)	43
4. Creció como raíz de tierra seca (Isaías 53:2)	57
5. Juan el Bautista. «La mano del Señor estaba sobre él»	65
6. Fue llevado al desierto para ser tentado (Mateo 4:1)	79
7. Una boda y una cena: el principio y el final del ministerio del Hijo de Dios	93
8. No tiene aspecto hermoso ni majestad para que le miremos (Isaías 53:2)	103
9. El Espíritu del Señor está sobre mí (Isaías 61:1)	113
Consejero	
10. Me ha unguido el Señor para traer buenas nuevas (Isaías 61:1)	129

11. Traer buenas nuevas a los afligidos (Isaías 61:1)	139
12. Me ha enviado para vendar a los quebrantados de corazón (Isaías 61:1)	149
13. Proclamar libertad a los cautivos (Isaías 61:1)	159
14. Dar vista a los ciegos (Lucas 4:18)	169
15. Proclamar el año favorable del Señor (Isaías 61:2) ...	177
16. Los secretos del reino (Mateo 13:11)	187
17. Verá y quedará satisfecho (Isaías 53:11)	195
18. Nadie puede servir a dos amos	205
19. Los dos cimientos	227
20. Las preguntas del Maestro	237

Dios Fuerte

21. No tiene atractivo para que le deseemos (Isaías 53:2)	251
22. Libertad para los dominados por el poder del mal ...	261
23. Como uno de quien los hombres esconden su rostro (Isaías 53:3)	271
24. Creer para ver	287
25. Él llevó nuestras enfermedades y cargó con nuestros dolores (Isaías 53:4)	297
26. Varón de dolores y experimentado en aflicción (Isaías 53:3)	309
27. Encuentros en el mar	319
28. La mirada de Dios	337
29. En el límite de lo increíble	349

Padre Eterno

30. El secreto de la felicidad	363
31. El Señor como anfitrión: Dios invita a todos	379
32. Tres hermanos: María, Marta y Lázaro	387

33. El Dios de la libertad	397
34. No hay en Él hermosura para que le deseemos (Isaías 53:2)	409
35. Se retiraba a lugares solitarios	417
36. Y Él les enseñó a orar	423
37. Todos nos descarriamos como ovejas (Isaías 53:6)	443
38. El mayor en el reino de los cielos	453
39. Cada cual se apartó por su camino (Isaías 53:6)	465
40. El Señor hizo que cayera sobre Él la iniquidad de todos nosotros (Isaías 53:6)	475

Príncipe de Paz

41. Los cielos le aclaman (Lucas 9)	483
42. Fue despreciado y no le estimamos (Isaías 53:3)	493
43. Por sus llagas hemos sido sanados (Isaías 53:5)	501
44. Nosotros le tuvimos por herido de Dios y afligido (Isaías 53:4)	509
45. ¿Quién ha creído a nuestro mensaje? (Isaías 53:1) ...	521
46. Simón de Cirene. «Toma tu cruz y sígueme»	535
47. Mataron al autor de la vida (Hechos 3:15)	543
48. Dios quiso quebrantarlo, sometiéndole a padecimiento (Isaías 53:10)	553
49. Fue oprimido y afligido (Isaías 53:7)	571
50. ¿Por qué surgen dudas en vuestro corazón?	577
51. Volverá para buscarnos	591
52. No pudo esconderse (Marcos 7:24)	601

Para Ti, Señor Jesús, porque lo más difícil de comprender no es que hayas amado tanto a la humanidad como para ir a la cruz por todos, lo más increíble es que lo hayas hecho por mí; y lo más trascendental en mi vida no es solamente creer en ti, sino también saber que Tú crees en mí.

*Con pasión,
Jaime Fernández Garrido*



Introducción

Hace mucho tiempo, Dios habló muchas veces y de diversas maneras a nuestros antepasados por medio de los profetas. Y ahora, en estos últimos días, nos ha hablado por medio de su Hijo. Dios le prometió todo al Hijo como herencia y, mediante el Hijo, creó el universo. El Hijo irradia la gloria de Dios y expresa el carácter mismo de Dios, y sostiene todo con el gran poder de su palabra. Después de habernos limpiado de nuestros pecados, se sentó en el lugar de honor, a la derecha del majestuoso Dios en el cielo. Esto demuestra que el Hijo es muy superior a los ángeles, así como el nombre que Dios le dio es superior al nombre de ellos. Pues Dios nunca le dijo a ningún ángel lo que le dijo a Jesús: «Tú eres mi Hijo. Hoy he llegado a ser tu Padre». Dios también dijo: «Yo seré su Padre, y él será mi Hijo». Además, cuando trajo a su Hijo supremo al mundo, Dios dijo: «Que lo adoren todos los ángeles de Dios». Pero con respecto a los ángeles, Dios dice: «Él envía a sus ángeles como los vientos y a sus sirvientes como llamas de fuego». Pero al Hijo le dice: «Tu trono, oh Dios, permanece por siempre y para siempre. Tú gobiernas con un cetro de justicia. Amas la justicia y odias la maldad. Por eso, oh Dios, tu Dios te ha ungido derramando el aceite de alegría sobre ti más que sobre cualquier otro». También le dice al Hijo: «Señor, en el principio echaste los cimientos de la tierra y con tus manos formaste los cielos. Ellos dejarán de existir, pero tú permaneces para siempre. Ellos se desgastarán

como ropa vieja. Los doblarás como un manto y los desecharás como ropa usada. Pero tú siempre eres el mismo; tú vivirás para siempre».

Hebreos 1:1-12, NTV

La historia de nuestra vida da un vuelco trascendental desde que somos padres. Cosas que ni imaginábamos comienzan a suceder y situaciones que nos parecían imposibles viven con nosotros cada día. A pesar de los muchos esfuerzos que hacían nuestros amigos para explicarnos ciertos momentos de la paternidad, no podíamos comprender cómo algo aparentemente tan frágil como un niño sería capaz de revolucionar el mundo entero. Nuestro mundo, para ser más precisos.

Déjame decirte que lo mejor de todo es que vale la pena. Absolutamente nada en la vida se puede comparar al sentimiento de que unos seres tan pequeños sean capaces de transformar nuestra vida con sus gestos, sus sonrisas y sus palabras.

Puede que ahora mismo estés pensando que tienes en tus manos un libro equivocado. No estabas buscando algo sobre niños, sino sobre la persona más importante de la historia, el Señor Jesús, nuestro Creador, el Rey de reyes, el Salvador majestuoso... Creo que si lees un par de párrafos más, te darás cuenta de que no te has equivocado, porque pocas cosas tienen tanto que ver con Él como los niños; ya que no solo tenemos que volver a ser como niños para conocerle mejor, sino que son precisamente ellos, los niños, quienes más pueden enseñarnos a descubrir quién es nuestro Señor.

Pocos días antes de escribir esta introducción, estaba acostado a mis dos hijas mayores, Iami (de ocho años de edad) y Kenia (de cinco). Vas a conocer algunas cosas de ellas en los próximos días mientras lees este libro. También a mi mujer, Miriam. Y también algunos detalles de la pequeña Mel; así aprovecho para presentarte a las cuatro princesas que Dios puso en mi vida. Como te decía, justo antes de que las dos niñas se durmieran, Iami me dijo: «No te olvides de venir más tarde, como siempre». Eso se ha convertido en algo más que un juego entre nosotros. Cuando las tres duermen, vuelvo a la habitación para darles un abrazo, decirles que las quiero mucho y que Dios las ama más que nadie; y además les recuerdo que, pase lo que

pase, siempre vamos a estar con ellas y ayudarlas en todo. Aunque a veces están dormidas cuando lo hago, siempre me da la impresión de que saben que estoy ahí, ¡de hecho algunas mañanas me regañan cuando llego muy tarde por la noche y me olvido de abrazarlas!

Hace un par de noches pensé mucho en lo que mis hijas me dijeron. Estaba orando e intentando poner todas las circunstancias del día siguiente en las manos de Dios, y le pedí a mi Padre celestial exactamente lo mismo que ellas me dicen a mi cada noche: «Padre, quiero que cuando comience a dormir vengas a abrazarme por medio de tu Espíritu y me hables; que yo no olvide nunca que me amas y siempre estarás conmigo, pase lo que pase y esté donde esté. Quiero recordar cada noche que estoy en las manos del Señor Jesús y que nadie puede arrebatar-me de ellas. Quiero escucharte cada vez que leo tu Palabra, e incluso cuando duerma quiero recordar todas tus promesas».

¿Sabes? Nuestros hijos nos enseñan a no dejarnos llevar por la rutina. Para ellos, cada día es diferente; la ilusión les hace brillar los ojos y cada momento que pasan con nosotros parece que estuviese diseñado por los mismos ángeles...

Necesitamos volver a ser como niños. Volver a esperar en Dios con nuestros brazos abiertos y nuestros ojos brillando de ilusión. Volver a leer los Evangelios y descubrir la vida del Señor Jesús en cada una de sus palabras. Nadie ha impactado tanto la historia de la humanidad como Él. Incluso los que se dicen enemigos del Mesías lo reconocen: era una persona excelsa, perfecta, sin una sola palabra mal dicha; el único que siempre hizo todo bien. Cualquier otro personaje de la historia ha tenido sus «cosas», incluso los fundadores de religiones. Todos pueden ser señalados por algo incorrecto, menos el Señor. Él fue único.

Y sigue siendo único.

Creo que uno de nuestros problemas más graves es que hemos llegado a «normalizar» no solo los hechos y las enseñanzas del Señor Jesús, sino también la belleza de sus recuerdos en nuestra vida. Quizás alguna vez nos sentimos completamente entusiasmados leyendo los Evangelios, pero ahora parece como si esa emoción

Necesitamos volver
a ser como niños.
Volver a esperar en
Dios con nuestros
brazos abiertos.

se hubiera ido. Los dichos y los hechos del Señor han descendido a la categoría de lo cotidiano. Ya no parecen asombrarnos. Nuestros ojos han dejado de brillar cuando le vemos o le escuchamos.

Quizás porque, en cierta manera y casi sin quererlo, adulteramos algunas de sus enseñanzas para que el Señor aparezca como «normal» a los ojos de todos, sin darnos cuenta de que en el proceso de perder nuestro amor emocionado por el Mesías, estamos perdiendo la propia vida. Porque la grandeza del Señor está ineludiblemente atada a su manera de expresarse, de vivir, de romper los moldes, de ser completamente diferente y único, de escaparse de las palabras y las previsiones de los hombres. Porque solo en el momento en el que abrimos nuestra boca, no para hablar sino para asombrarnos de lo que Dios hace, es cuando realmente somos niños, y en ese momento comenzamos a comprender algo del reino de Dios. Así sí podemos leer los Evangelios y maravillarnos con el carácter de una persona única: nada menos que Dios mismo hecho hombre.

Cuando comenzamos a descubrir al Señor, salimos de la prisión religiosa que nosotros mismos hemos construido.

No podemos dejar de leer los Evangelios, porque es a través de ellos que Dios nos sorprende a cada momento, no solo haciéndose hombre, sino también siendo un hombre inesperado, creativo, admirable, revolucionario, inadecuado para los responsables, asombroso, imposible de calificar de una manera exacta. Esa sería la mejor definición del Señor Jesús. Porque Él descendió a la tierra por nosotros.

Nosotros fuimos la causa.

No podíamos obligarle, ni siquiera sabíamos que Él haría todo lo que hizo. De hecho lo hizo porque quiso; se prestó voluntario y no dudó un solo momento. Ninguno de nosotros se lo pidió: fue su amor y su

Cuando
comenzamos
a descubrir al
Señor, salimos
de nuestra propia
prisión religiosa.

obediencia al Padre los que le movieron a dejar el resplandor glorioso de su majestad, porque su compasión por cada persona de este mundo no tiene límites.

Necesitamos cambiar, volver a vivir casi desesperados por conocer más del Señor, por encontrarnos con Él y tener un encuentro a solas con Él. Desesperados

por amarlo profundamente, por sentir su abrazo y el toque de su mano. Vivir necesitados de escucharle, de seguir con admiración sus enseñanzas y no dejar pasar un solo día sin hablarle y escucharle.

Necesitamos volver a leer la Palabra de Dios emocionándonos con el Mesías, disfrutando de nuestra relación con Dios más que de ninguna otra cosa. Mucho antes que servirle, antes incluso que lo que podamos hacer por los demás. Tenemos que buscar la presencia del Señor para enamorarnos de Él, porque de esa búsqueda mana la vida.

De nuestra amistad con el Señor surgen todas las victorias espirituales.

Satanás, quien es el dios de este mundo, ha cegado la mente de los que no creen. Son incapaces de ver la gloriosa luz de la Buena Noticia. No entienden este mensaje acerca de la gloria de Cristo, quien es la imagen exacta de Dios. Como ven, no andamos predicando acerca de nosotros mismos. Predicamos que Jesucristo es Señor, y nosotros somos siervos de ustedes por causa de Jesús. Pues Dios, quien dijo: «Que haya luz en la oscuridad», hizo que esta luz brille en nuestro corazón para que podamos conocer la gloria de Dios que se ve en el rostro de Jesucristo. Ahora tenemos esta luz que brilla en nuestro corazón, pero nosotros mismos somos como frágiles vasijas de barro que contienen este gran tesoro. Esto deja bien claro que nuestro gran poder proviene de Dios, no de nosotros mismos. Por todos lados nos presionan las dificultades, pero no nos aplastan. Estamos perplejos pero no caemos en la desesperación. Somos perseguidos pero nunca abandonados por Dios. Somos derribados, pero no destruidos. Mediante el sufrimiento, nuestro cuerpo sigue participando de la muerte de Jesús, para que la vida de Jesús también pueda verse en nuestro cuerpo. Es cierto, vivimos en constante peligro de muerte porque servimos a Jesús, para que la vida de Jesús sea evidente en nuestro cuerpo que muere. Así que vivimos de cara a la muerte, pero esto ha dado como resultado vida eterna para ustedes.

Ninguno de nosotros le pidió que se hiciera hombre: fue su amor y su obediencia al Padre lo que le movió.

Sin ninguna duda, el mayor objetivo del diablo es impedir que miremos a Cristo. Para conseguir ese objetivo, el dios de este mundo utiliza todos los medios a su alcance, porque lo que más teme es que nos comprometamos profundamente con el Salvador. Cualquier otra cosa en la que la Iglesia o el creyente ocupen su tiempo no le importa. El problema para nuestro enemigo comienza cuando queremos ser como Jesús y vivir como Él. El maligno quiere cegarnos (y lo logra en muchos momentos) para que no amanezca la luz de Cristo en nuestra vida. Quiere que eso no ocurra una primera vez y hace todo lo posible para que no se repita día tras día.

No olvides nunca que la gloria de Cristo, ya que Él es la imagen de Dios, es lo más grande que existe en este mundo. Esa luz resplandece en nuestra vida y la transforma por completo, y esa es una de las razones por la que el diablo quiere ocultarla. El encubrimiento del diablo es la razón primordial por la que tantas personas no conocen a Dios y/o tienen una imagen equivocada de Él. Si el diablo logra que dejemos de mirar a Cristo, ha cumplido su objetivo. No importa lo buenos que parezcamos ser.

De nada vale que seamos las personas más religiosas que existen. Aun si dejamos que quememos nuestro cuerpo o damos todo lo que tenemos por los demás, si no conocemos el Amor con mayúscula solo somos ciegos. Y nuestra vida estará siempre llena de frustración, ansiedad y rutina. Exactamente igual ocurrirá en la iglesia a la que asistimos.

¿Recuerdas lo que escribía al principio sobre los niños? Ellos no conocen la rutina, esa sensación de hastío que termina siendo uno de nuestros mayores enemigos. Uno de nuestros problemas es que somos incapaces de amar aquello a lo que estamos acostumbrados. Desgraciadamente, nuestra relación con Jesús está basada muchas veces en conocimientos, enseñanzas y deducciones rutinarias. No nos entusiasmos con nuestro Señor y eso es peligroso. La rutina no es espiritual. El aburrimiento no viene del Espíritu de Dios. Recuerda: estar tan «acostumbrados» a lo sobrenatural que casi no le demos importancia puede terminar matando nuestro amor.

Tenemos que aprender a vivir asombrados por lo que el Señor Jesús es y hace. Emocionarnos con Él, disfrutando apasionadamente

por conocerle más y obedecerle en todo. Necesitamos reír o llorar con Él, porque lo que resulta fatal es permanecer insensibles delante de nuestro Salvador. Este es el momento de decir adiós a la frialdad religiosa de los que en cada situación calculan la medida exacta de lo que dicen y hacen, para no comprometerse demasiado.

Dios quiere resplandecer en nuestros corazones, quiere que la luz de su amanecer brille en nuestra vida. Nuestro Padre desea ver en cada uno de nosotros el conocimiento de su majestad en el rostro de Cristo; rostro escupido y rechazado, pero ahora glorioso dentro de nuestro corazón. En el Antiguo Testamento la presencia de Dios llenaba el templo, y su gloria (la Shekinah) era el reflejo de la majestad del Todopoderoso. Esa presencia derrochaba grandeza, pero también ocasionaba temor en todos los que querían acercarse.

La santidad de Dios nunca fue ni será un juego para nadie; su presencia solo podía «contenerse» en el lugar Santísimo, tras un velo imposible de romper. Solo una vez al año una persona elegida del pueblo podía acercarse a Alguien así.

Un día Dios rasgó ese velo imposible, y lo hizo de arriba abajo, para que nadie tuviese ninguna duda. El mismo Dios majestuoso revela toda su gloria en el rostro de Cristo. Con Jesús viviendo en nosotros, Dios Padre permite que su credibilidad viaje dentro de cada una de nuestras vidas. Vive con nosotros, deja que su «reputación» se vea dañada con nuestros actos, se arriesga a que nosotros tomemos decisiones que le comprometen a Él. Se identifica de tal manera con su pueblo que elige reflejar su gloria en nuestra vida.

Llevamos dentro de nosotros el glorioso evangelio de Cristo, sí, pero solo por su gracia. No por ninguna otra razón que se nos pueda ocurrir a nosotros, ni por nada que nosotros podamos hacer. No podemos ni pensar que tenemos algo que ver con el asunto. Si de

Es el momento de decir adiós a la frialdad religiosa de los que en cada situación calculan la medida exacta de lo que hacen ante las demandas de Dios para no comprometerse demasiado.

verdad estuviera en nuestras manos tardaríamos pocos segundos en estropearlo. Porque solo somos barro. Y además roto.

El objetivo de Dios es que la vida de Cristo se manifieste en nuestra vida. Que todos lleguen a conocer algo del Señor al vernos a nosotros y que la presencia de Jesús sea real en todo lo que somos o hacemos. Esa es la razón por la que es imposible acercarse al Señor si no es con toda la pasión de nuestra vida. Actualmente gran parte de los problemas y sinsabores de muchos cristianos se debe al hecho de querer vivir cerca del Señor, pero sin entusiasmarse con Él. Querer conocerlo sin que ese conocimiento transforme completamente sus vidas. Intentar escucharlo sin que sus palabras lleguen hasta lo más escondido del corazón y lo transformen.

En cierta manera es como si quisiéramos introducirnos en el fuego de un volcán solo para no tener frío; como si esperásemos la visita de un ciclón en nuestra casa para que las cortinas ondeen un poquito y el polvo se vaya. Como si saliéramos a la calle en medio de una tempestad atronadora solo para mojarnos unos instantes.

Una y otra vez olvidamos que es imposible comprender las palabras y la vida del Señor Jesús si queremos hacerlo de una manera calculada, distante y fría. No podemos acercarnos a Él con un corazón desapasionado o pretender que cada palabra del Salvador quedará perfectamente controlada en el reducido espacio de nuestra mente. Seríamos verdaderos necios si intentáramos vivir así. Del estudio de sus palabras surge en nosotros la necesidad de comprometer toda nuestra vida en seguirle a Él.

O nos arriesgamos o morimos de tristeza.

Seguir al Señor Jesús es decir «¡no!» a la comodidad y, en cierto modo, al orden de nuestros principios y expectativas. No podemos acercarnos a Dios solo para que nos dé un poco de calor, pero exigiéndole que su fuego no nos «queme». Es imposible que el viento del Espíritu se lleve todo el polvo de nuestra vida, sin zarandearnos a nosotros también. Es imposible adentrarnos en las tempestades de la vida, para vencerlas o ayudar a otros, sin mojarnos por completo. No podemos pretender ser seguidores del Maestro si lo que más queremos es la comodidad y el control, si no queremos saber nada del sufrimiento. Jamás conoceremos en profundidad el carácter del

Señor si no somos llenos del fuego del Espíritu Santo, porque la diferencia entre un cristiano comprometido y uno «normal» es el deseo inquebrantable de vivir lo más cerca posible de ese fuego. Cuando nos acercamos al Señor, tenemos que dejar que su fuego nos transforme, entrar hasta lo más profundo de las brasas. Tenemos que estar siempre dispuestos a pasar por ese proceso de purificación; un proceso que puede dañarnos aparentemente, pero que nos hace santos y nos eleva a alturas sublimes: al lugar en el que Dios está.

¡Para conocer al Señor hay que vivirlo! No existe otra manera. Pablo lo entendió perfectamente cuando escribió: «Para mí, el vivir es Cristo» (Filipenses 1:21). No la doctrina o las palabras, ¡ni siquiera la salvación que nos regaló! El secreto de la vida cristiana es estar tan apegados a nuestro Señor que sea difícil saber dónde comienza Él y dónde terminamos nosotros.

No podemos introducirnos de lleno en el fuego de un volcán solo para «no tener frío».

Con Cristo he sido crucificado, y ya no soy yo el que vive, sino que Cristo vive en mí; y la vida que ahora vivo en la carne, la vivo por fe en el Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí.

Gálatas 2:20

Por tanto no desfallecemos, antes bien, aunque nuestro hombre exterior va decayendo, sin embargo nuestro hombre interior se renueva de día en día.

2 Corintios 4:16

Nos cuesta comprender que, sea cual sea nuestra edad, estamos decayendo. Nuestra apariencia física comienza a degradarse prácticamente desde poco después de nuestro nacimiento. Aunque parezca florecer en los primeros años, llevamos escrito en nuestro ADN que somos criaturas mortales y que un día vamos a morir. No tenemos remedio.

Pero eso solo aparentemente, porque la mejor noticia que podríamos escuchar es que nuestro interior se fortalece cada día más. Puede parecer imposible, pero no lo es; nuestra vida se renueva cuando estamos cara a cara con nuestro Salvador.

Hoy no es un día cualquiera. Si amas al Señor, puedes saber que hay algo cierto (ocurra lo que ocurra): Dios está renovando tu vida. Cada día que conoces y amas más al Señor Jesús, te pareces más a Él.

El pueblo que andaba en tinieblas ha visto gran luz; a los que habitaban en tierra de sombra de muerte, la luz ha resplandecido sobre ellos. Multiplicaste la nación, aumentaste su alegría; se alegran en tu presencia como con la alegría de la cosecha, como se regocijan los hombres cuando se reparten el botín. [...] Porque un niño nos ha nacido, un hijo nos ha sido dado, y la soberanía reposará sobre sus hombros; y se llamará su nombre Admirable Consejero, Dios Poderoso, Padre Eterno, Príncipe de Paz.


Admirable
Consejero,
Dios Poderoso,
Padre Eterno,
Príncipe de Paz.

El aumento de su soberanía y de la paz no tendrán fin sobre el trono de David y sobre su reino, para afianzarlo y sostenerlo con el derecho y la justicia desde entonces y para siempre. El celo del Señor de los ejércitos hará esto.

Isaías 9:2-6



ADMIRABLE

 *Mi siervo creció en la presencia del Señor como un tierno brote verde; como raíz en tierra seca. No había nada hermoso ni majestuoso en su aspecto, nada que nos atrajera hacia él.*

Fue despreciado y rechazado: hombre de dolores, conocedor del dolor más profundo. Nosotros le dimos la espalda y desviarnos la mirada; fue despreciado, y no nos importó.

Sin embargo, fueron nuestras debilidades las que él cargó; fueron nuestros dolores los que lo agobiaron. Y pensamos que sus dificultades eran un castigo de Dios; ¡un castigo por sus propios pecados!

Pero él fue traspasado por nuestras rebeliones y aplastado por nuestros pecados. Fue golpeado para que nosotros estuviéramos en paz; fue azotado para que pudiéramos ser sanados. Todos nosotros nos hemos extraviado como ovejas; hemos dejado los caminos de Dios para seguir los nuestros. Sin embargo, el Señor puso sobre él los pecados de todos nosotros.

Fue oprimido y tratado con crueldad, sin embargo, no dijo ni una sola palabra. Como cordero fue llevado al matadero. Y como oveja en silencio ante sus trasquiladores, no abrió su boca.

Al ser condenado injustamente, se lo llevaron. A nadie le importó que muriera sin descendientes; ni que le quitaran la vida a mitad de camino. Pero lo hirieron de muerte por la rebelión de mi pueblo. Él no había hecho nada malo, y jamás había engañado a nadie. Pero fue enterrado como un criminal; fue puesto en la tumba de un hombre rico.

Formaba parte del buen plan del Señor aplastarlo y causarle dolor. Sin embargo, cuando su vida sea entregada en ofrenda por el pecado, tendrá muchos descendientes. Disfrutará de una larga vida, y en sus manos el buen plan del Señor prosperará.

Cuando vea todo lo que se logró mediante su angustia, quedará satisfecho. Y a causa de lo que sufrió, mi siervo justo hará posible que muchos sean contados entre los justos, porque él cargará con todos los pecados de ellos.

Isaías 53:2-11, NTV



A black and white photograph of a vast field of daisies under a cloudy sky. The field is filled with numerous small daisy flowers, and the sky is filled with soft, white clouds. The overall mood is serene and contemplative.

1

¿Quién ha creído a
nuestro mensaje?

(Isaías 53:1)



La primera Navidad

¿Alguna vez te has parado a pensar seriamente en lo que ocurrió durante la primera Navidad?

Imagina que no conoces la historia. Deja tu mente en blanco y acércate a los hechos como si fuera la primera vez que los escuchas. Piensa que estás sentado como un niño, con los ojos bien abiertos, asombrado e intentando comprender lo que sucedió. ¿No suena como si todo fuera completamente ilógico? ¿No da la impresión de que alguien diseñó los hechos sin tener en cuenta ningún razonamiento humano? ¿Quién podría creer en un anuncio así?

Ninguno de nosotros habría inventado algo parecido. Ninguna persona en el mundo hubiese querido fundar una religión en tales circunstancias y mucho menos establecer los principios de la relación con Dios con una historia semejante. Resulta completamente incomprendible para todos.

Creo que lo que sucede es que hemos escuchado tantas veces la historia, que nos parece normal, pero... ¿lo es? ¿Es normal que Dios se haga un niño? ¿Es comprensible que el Creador escoja circunstancias como las que conocemos para traer a su Hijo al mundo? Recuerda solo algunos de los detalles: una adolescente virgen, un hombre desconocido, unos pastores anunciando el evento, un lugar remoto perteneciente a un pueblo ignorado, gente muy pobre a su alrededor.

Y, sobre todas las cosas, Dios entrando en la historia de la humanidad como un bebé.

Toma a un niño en tus brazos y piénsalo. Ora y agradece a Dios,

porque un niño débil y pobre es el Salvador. ¡Un bebé! Algo tan tierno que no puede hacer daño a nadie ni puede despertar ningún temor. Un niño que es en sí mismo la mejor definición de la fragilidad asumida por el Dios Omnipotente. Para saber qué hay en el corazón de Dios, no es imprescindible buscar en las profundidades de la teología sino sencillamente quedarse asombrado contemplando a un bebé.

Dios quiso que la historia de la salvación dependiera de dos jóvenes que soportaron toda clase de circunstancias humillantes. Ellos se asombraron ante un Dios humilde como un recién nacido, un Salvador encarnado en un niño que llora y necesita comida, un niño al que tienen que cambiarle los pañales. Dios Padre observa la escena emocionado, esperando y permitiendo, muchas veces, que el mundo sea cruel con su hijo. Dios descansó completamente en esos dos jóvenes: José y María.

Ellos tuvieron que aprender que la confianza en Dios no tiene que ver únicamente con lo sobrenatural y lo milagroso, sino con las cosas sencillas de cada día. Las dudas vendrían a sus vidas en muchas ocasiones, pero solo la entera y total dependencia de Dios sería la respuesta que obtendrían, porque no habría más sucesos sobrenaturales en el futuro, ni siquiera por parte del niño.

El Rey con mayúscula nació y vivió pobre; nadie pudo quitarle nada porque nunca tuvo nada material. Si alguien quiere tomar una bandera y seguir al Rey, ese estandarte tiene que ser el de su pobreza y su dependencia del Padre, porque Dios quiso enseñarnos que la salvación que nos ofrece viene desde lo más profundo de la miseria humana y no desde el poder, el dinero, la religiosidad o una posición social aventajada. Ni siquiera desde la majestuosidad de un cielo lejano y admirable.

Desde el primer momento se identificó con los más desfavorecidos. La Biblia dice que sus padres ofrecieron un sacrificio humilde cuando Jesús nació, «un par de tórtolas, o dos pichones» (Lucas 2:24).

Un Salvador que
llora y necesita
comida, que lleva
pañales...

Solo pudieron entregar lo mínimo según la ley porque no tenían nada más. El Creador del universo escogió una vida de extrema pobreza, rodeado de los más necesitados; sus amigos fueron pobres, las casas que conoció eran humildes, y la gente con la que vivió esos años eran personas trabajadoras, con pocos conocimientos y ninguna influencia en la sociedad.

Esa es una de las ironías de Dios al hacerse hombre: un solo ser humano pobre y sin recursos revoluciona el mundo. Mientras los poderosos se sientan y estudian qué hacer con sus presupuestos, su dinero y su poder, Dios lo desprecia todo. No necesita nada.

La historia nos dice que sus padres no llegaron a entender todo lo que estaba ocurriendo y que solo «guardaban estas cosas en su corazón». Les era difícil comprender que aquel niño que lloraba pudiese ser Dios mismo. ¡Cuántas veces habrían tenido dudas en su corazón! Muchos en Israel soñaban con ser los padres del futuro Mesías. Quizás pensaran que si eran los elegidos por lo menos serían llevados a algún palacio, o tal vez serían reconocidos por todos. ¿Quién podía creer que el Mesías iba a pasar los primeros momentos de su vida entre vacas, burros y ovejas? ¿A quién se le ocurrió alguna vez que las visitas «de sociedad» que iba a recibir después de su nacimiento fueran algunos pastores malolientes?

Mientras nuestro mundo busca la respuesta a los desafíos futuros en políticos, científicos, líderes sociales, artistas, grandes empresarios, personajes conocidos de los medios de comunicación y muchos otros, el niño de Belén sigue siendo el único capaz de hacer callar a todos. Él es quien tiene la última palabra en el gobierno del universo. Nadie puede pasar por encima de Él.

Esa es una de las razones por las que no hay nada más importante en el mundo que volver a aquel pesebre para abrazar a Dios.

Escenas del nacimiento

¿Dónde está el que ha nacido rey de los judíos?

Mateo 2:2, NVI

Solo uno podía nacer Rey, el Mesías. Muchos otros han nacido en familias reales, como príncipes o princesas, en virtud de sus padres o sus parientes, de la ley de un país o de la necesidad de la historia. Todos ellos llegaron a ser reyes aclamados por las circunstancias y por sus súbditos. Solo uno nació Rey.

Solo uno tenía y tiene todos los derechos, independientemente de las circunstancias o de lo que los demás puedan decir o pensar: el Señor Jesús.

«Gloria a Dios en el cielo más alto y paz en la tierra para aquellos en quienes Dios se complace». Cuando los ángeles regresaron al cielo, los pastores se dijeron unos a otros: «¡Vayamos a Belén! Veamos esto que ha sucedido y que el Señor nos anunció». Fueron de prisa a la aldea y encontraron a María y a José. Y allí estaba el niño, acostado en el pesebre [...] En ese tiempo, había en Jerusalén un hombre llamado Simeón. Era justo y devoto, y esperaba con anhelo que llegara el Mesías y rescatara a Israel. El Espíritu Santo estaba sobre él y le había revelado que no moriría sin antes ver al Mesías del Señor. Ese día, el Espíritu lo guió al templo. De manera que, cuando María y José llegaron para presentar al bebé Jesús ante el Señor como exigía la ley, Simeón estaba allí. Tomó al niño en sus brazos y alabó a Dios diciendo: «Señor Soberano, permite ahora que tu siervo muera en paz, como prometiste. He visto tu salvación, la que preparaste para toda la gente. Él es una luz para revelar a Dios a las naciones, ¡y es la gloria de tu pueblo Israel!».

Lucas 2:14-32, NTV

Quizás lo más emocionante y tierno de la primera Navidad es ver a Dios anunciando orgulloso el nacimiento de su hijo, como cualquiera de nosotros lo hubiera hecho. «¡Gloria a Dios en las alturas...! ¡Entre los hombres gran gozo!». Los ángeles lo proclamaron y el pueblo lo supo: el Mesías había nacido.

Dios Padre lo anunció a los pastores y lo proclamó por medio de los ángeles, pero también tenía un hombre fiel en el templo. Uno que había deseado expresamente estar en la presencia de Dios cuando apareciera el Mesías, una persona clave en ese primer momento: Simeón.

Durante los últimos cuatrocientos años no había habido ninguna revelación de parte de Dios al pueblo. Aparentemente Dios se había olvidado de ellos; pero Simeón seguía creyendo, derrochando entusiasmo en su trabajo en el templo. Vivió esperando al Mesías; esa era la razón de su existencia. No sabemos cómo, pero Dios le había dicho que vería al Salvador, por eso mantuvo siempre su fe puesta en Él. Para Simeón estaba preparada la mayor sorpresa de su vida. Cuando contempló al Mesías, casi no pudo creer lo que veía. ¡Era un niño! Un niño frágil. El Salvador de Israel y del mundo no era un sacerdote, un profeta o un hombre fuerte, sino un niño recién nacido. Y Simeón tuvo en sus brazos a Dios mismo hecho hombre.

Simeón tembló como nunca en su vida. No lo hizo porque no tuviese fuerza para tomar al niño sino porque de repente se dio cuenta de que en sus brazos estaba el Rey de Israel, el Rey del universo, ¡el Creador de los cielos y la tierra!

Su propio Creador. Y entonces les dijo a todos que podía morir tranquilo. La salvación estaba en manos de un niño recién nacido.

Nadie tiene miedo de un bebé

¿Recuerdas la revelación de Dios en el Antiguo Testamento? El hombre necesitaba reconocer su pecado y la santidad de Dios. Por eso, en cierto modo, cada vez que Dios le hablaba a una persona, ésta sentía temor, incluso miedo. Nadie podía escuchar a Dios y seguir como si nada. La presencia de Dios era algo tan majestuoso que nadie podía verle y seguir viviendo.

Dios se hace hombre y nace como un niño... ¿Quién puede temer a un niño? De pronto a Dios se le puede abrazar y acariciar. El Todopoderoso está en brazos de sus asombrados padres terrenales. Dios entra en la historia de una manera incomprensible, como un niño en la más absoluta pobreza y debilidad. Al verle, nadie le teme, porque nadie puede sentir miedo de un niño indefenso.

La Biblia dice que Dios nos dio un hijo. Parecía ser solo un niño, pero era el Hijo que nos fue dado a todos. El Hijo del Hombre, porque un niño *nos* ha nacido. Nos nació un niño a la humanidad, a cada

uno de nosotros: no solo para Israel, ni siquiera para su familia, nació para todos los hombres y mujeres de este mundo. Es nuestro niño.

Nacido para morir. La sombra de la cruz se proyectaba sobre Él desde el mismo momento de su nacimiento. Ese es uno de los mayores contrastes en la historia del género humano. Cuando nació el Señor hubo un gran resplandor en la noche; la naturaleza se alegró y lo expresó reflejando la luz de su Creador. Nació la luz del mundo. En la oscuridad de un mundo sin Dios y en la noche del alma de sus habitantes, Dios, la luz, vino al mundo como un niño.

Cuando murió el Señor, la oscuridad se manifestó en el momento que la luz del día brillaba en todo su esplendor. El que era la Luz entregó su vida de una manera voluntaria en la cruz. El universo se oscureció por la muerte de su Creador. La Luz decidió morir para quitar el pecado del mundo, para vencer para siempre a las tinieblas. Para que no haya oscuridad en la vida de los hombres.

En la oscuridad
de un mundo sin
Dios y en la noche
del alma de sus
habitantes, Dios, la
luz, vino al mundo
como un niño.

Tan cerca y tan lejos al mismo tiempo

Entonces, reuniendo a todos los principales sacerdotes y escribas del pueblo, indagó de ellos dónde había de nacer el Cristo. Y ellos le dijeron: En Belén de Judea, porque así está escrito por el profeta.

Mateo 2:4-5

Los sacerdotes y los escribas eran los encargados de enseñar al pueblo. Conocían la ley a la perfección y, por lo tanto, sabían dónde tenía que nacer el Mesías. Ellos eran quienes debían estar esperando la manifestación del reino de Dios, porque ese era su trabajo, aunque debería ser mucho más que eso. En su corazón debían anhelar día tras día que el Mesías apareciese... Sin embargo estaban a pocos kilómetros de distancia de donde había nacido y

no quisieron ir a ver si era cierto. Sabían que los profetas estaban en lo cierto y que la Palabra de Dios siempre es verdad, pero sus vidas no cambiaron por ello.

¡Tan cerca del Señor y ni siquiera fueron a verlo! Quizás no le amaban tanto. Puede que realmente no le estuvieran esperando. O

Estaban muy
cerca del Rey del
universo, pero no
fueron capaces de
caminar unos pocos
minutos para verle.

simplemente se encontraban tan cómodos con su posición y su religión que no querían cambiar nada. ¡Tuvieron la oportunidad de conocer al Rey y no quisieron! Estaban al lado de donde había nacido el Mesías y ni siquiera se acercaron para verlo. Estaban demasiado ocupados. Tan ocupados en las cosas de Dios que no quisieron ver a Dios mismo.

No hay mucha diferencia con respecto a lo que ocurre el día de hoy: casi todos conocen la historia y saben que la Navidad es en esencia el nacimiento del Señor Jesús. Pero un poeta español dio con la clave hace muchos años cuando escribió:

Navidad, Vanidad...

Las mismas letras

¿No es verdad?

Si Dios no está presente en la Navidad, todo lo demás sobra. Si Jesús no es el centro de nuestros pensamientos ni de nuestro corazón, todo acaba desvaneciéndose como el humo. Si cada vez que le recordamos no nos postramos en adoración a Él, admirando los planes de Dios y abrazando con todo nuestro corazón a ese niño, no sabemos lo que es la Navidad.

Puede que conozcamos la historia, pero nada nos conmueve. Preferimos nuestra comodidad. Nos gustan más las celebraciones y las vanidades. Nos encantan los servicios religiosos que hacemos para recordar lo que sucedió en Belén hace muchos años: los musicales, las predicaciones, los cultos, los adornos... Pero no somos capaces de caminar ni siquiera un poco para encontrarnos con el Salvador.

La frase con la que el Señor Jesús «retrató» a esos mismos dirigentes solo unos años más tarde nos llena de temor. No nos gustaría que el Maestro dijese lo mismo de nosotros. Es más, sería fatal que lo hiciera.

Le pido a Dios que no solo en la época de Navidad, sino en todos los momentos de todos los días de nuestra existencia, Él sea lo más importante. Que no tenga que señalarnos a nosotros como señaló a los religiosos de su época:

Y su palabra no la tenéis morando en vosotros, porque no creéis en aquel que Él envió.

Juan 5:38